

MIGUEL ÁNGEL CARCELÉN

**RETRATO DE CADÁVER  
CON FONDO VEGETAL**

Un jurado presidido por  
Andrés Ramos Vázquez,

vicepresidido por  
Ángel Luis Gómez Blázquez y Ana Díaz Alonso,

y compuesto por:  
Luis Mateo Díez Rodríguez,  
Manuel Longares Alonso,  
Ángel Basanta Folgueira,  
Care Santos Torres,  
Penélope Acero Cayuela, editora,  
y María José Sánchez Lorenzo,  
que actuó como secretaria,

otorgó a la presente obra el  
XXI PREMIO TIFLOS DE NOVELA  
convocado por la



MIGUEL ÁNGEL CARCELÉN

**RETRATO  
DE CADÁVER  
CON FONDO  
VEGETAL**

XXI PREMIO TIFLOS DE NOVELA





CASTALIA  
EDICIONES

es un sello propiedad de **edhasa**



Diputación 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Consulte nuestra página web:  
<https://www.castalia.es>  
<https://www.edhasa.es>

## MADRE CORAJE

El autor dona íntegramente el importe del Premio Tiflos de Novela a la Asociación Madre Coraje.

Primera edición: mayo de 2019

Ilustración de la cubierta: istockphoto

© de la edición: Miguel Ángel Carcelén, 2019

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2019

ISBN 978-84-9740-837-0

Depósito Legal B. 11091-2019

Impreso en Liberdúplex

Impreso en España



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

*Para quienes conmigo van.  
Y, especialmente,  
para mi paisana Angelita, la del Ángel,  
por luchadora y buena persona.*

Cuanto sigue es invención; cualquier parecido  
con la realidad es pura coincidencia.  
(O, a lo peor, no).

**PRIMERA PARTE**

**ARANJUEZ,  
OCTUBRE  
DE 2012**

# 1

Ciclán está tomando café en el patio.

O Ciclón.

Depende de la temporada. Depende de cómo soplen los vientos.

Ahora es Ciclán. Hace apenas tres meses se le conocía por Ciclón. Es como no sé qué dios cubano que va cambiando no sólo de nombre y poderes, sino de sexo. Ochún, creo que dijo el Habana que se llamaba. Ochún unos meses, y Yemayá otros.

Ciclán no cambia de sexo, pero sí de poderes. En estos momentos carece de ellos, por eso es Ciclán, el de un solo huevo, el medio eunuco. Conste que cuando atiende por Ciclón no es que recupere al completo su virilidad, en absoluto, que sus testículos no son como el ojo de cristal de Bizcocho, de quita y pon (cuando perdió el derecho, lo perdió para siempre); sin embargo, la gente lo respeta. Por la cuenta que le trae. Si no escuchara esas voces insistentes que le aconsejan dejar de tomar la medicación, si no les hiciera caso, siempre sería Ciclón, pero...

Ciclón toma café en el patio. Sentado a horcajadas en el banco próximo al gimnasio. Está muy concentrado en acabar con la espumilla blanca que se forma en la superficie del vaso de plástico. Es café solo, pero a los putos economatos siempre se les cuele algo de la leche en polvo con la que rellenan el depósito equivocado de la cafetera. A Ciclán no le gusta paladear esa textura gomosa. Por eso lleva más de cinco minutos dándole vueltas al



líquido blanquinegro con el dedo. Aunque la mañana ha salido fresca, como corresponde a mediados de un septiembre mesetario, no se agradece que el café esté hirviendo. Él no se escalda el dedo porque no es el suyo con el que está removiendo el café. Cinco vueltas más y asiente satisfecho. Ya no hay espuma en su desayuno. Saca el dedo del líquido, lo chupa con delectación —sin importarle la sangre reseca del extremo cercenado ni la mierda acumulada bajo la uña del lado opuesto—, y lo lanza a la papelera más cercana.

—¡Dos puntos! —grita, emocionado.

Un quinqui que pasa por su lado en ese momento, a pesar de llevar poco tiempo en el módulo, que no en el talego, ha oído hablar del personaje y levanta el pulgar, felicitándolo, por si las moscas. Su rictus bobalicón y, sobre todo, su mirada vidriosa delatan un viaje reciente de farlopa.

Ciclán vuelve a oír las voces. Justo en el peor momento, cuando se disponía a disfrutar de su trabajado café. Pero las voces son las voces, y sus mandatos, impostergables. De ahí que tenga que rebuscar en la papelera hasta encontrar el dedo, correr hacia el desprevenido quinqui (Pedro Guijarro Montes, en la vida civil) y forcejear con él para intentar que se trague el ennegrecido apéndice. Las voces son las voces. Por culpa de ellas los funcionarios descubren el cadáver al que pertenecía ese dedo una hora antes de lo que la lógica habría dictado, es decir, durante el recuento. Ha transcurrido el tiempo suficiente, en todo caso, para que la sangre se coagule. Sobre el charco principal, el que nace de la mano derecha del difunto, flota un cromó de Draculaura, una de las muñecas Monster High.

Una cucaracha de tamaño considerable, atrapada por la viscosidad de la sangre, lucha por avanzar hacia el borde.

## 2

Gorka no se encuentra el culo ni con las dos manos. Justo cuando se dispone a plantarse frente a la pecera de los funcionarios para desplegar su cutre pancarta, exigiendo el acercamiento de los presos políticos vascos a su patria, escucha el jaleo en el patio y divisa a través de los ventanales que lo separan del comedor la trifulca entre Ciclán y el nuevo, el cadáver andante. Mal momento para reivindicaciones. Muy malo. A los pocos segundos, tal como se temía, chirría la puerta motorizada de la entrada y entran apresurados un par de boquis. Alguien les ha dado el agua o, de puta chiripa, han visto la pelea. En condiciones normales ignorarían a Gorka. Al menos, así ha sido siempre. Él se coloca frente al búnker. Está allí plantado con su cartón bien a la vista durante un cuarto de hora, y asunto concluido. Cumple con las directrices de la organización sin que le suponga perjuicio disciplinario. Pero hoy no está el horno para bollos. Se apuesta dos cajetillas de tabaco a que, si amaga con levantar el cartón, cualquiera de los dos boquis le arrea un guantazo a mano abierta sin detenerse siquiera. Y más siendo uno de ellos don Andrés, el que no atasca. Mejor retrasa un poco su programado acto de rebeldía en espera de que las circunstancias se muestren más favorables. Desde luego que estando don Andrés en el módulo, y con movida, no se va a arriesgar a que le soben la jeta. Lo malo es que como deje pasar el día sin mostrar la pancarta de los cojones, también le van a llamar la atención desde arriba, porque no sabe cómo,

pero los de la organización siempre se enteran de si ha hecho los deberes o se ha escaqueado.

Recela de un ordenanza, un preso común de Muskiz al que llaman Pisahuevos, el que le escribió «Euskal presoen burbiltasuna» en el cartón porque él anda un poco flojo tanto en el euskera como en la ortografía. El ordenanza no es que sea afín a ETA, lo es en tanto que le reporte alguna ganancia: un cigarrillo, un café, una llamada telefónica... Sospecha que el tal Alfredo –¿cómo va a ser un patriota vasco alguien que se llama Alfredo y se apellida Barrios?– les pasa el parte a los compañeros del módulo seis, la voz de la organización en este talego. A cambio de alguna pila para el transistor les debe de cantar *La Traviata* en verso y su vida y milagros.

Los boquis ya están intentando reducir a Ciclán. ¡Menudas tarascadas suelta el hijo de puta! Eso lo hace cualquier otro y le cae encima la del pulpo y ocho más, pero como Ciclán está como una chota, parece tener cierta bula. Se equivoca al pensar que los funcionarios respetan a los cacos psiquiátricos por su condición de enfermos; lo hacen por inteligente prudencia. Don Andrés siempre ha dicho que prefiere un caco malo de morirse antes que a un loco, porque aquél sabes cómo se va a comportar, pero éste te puede salir por peteneras. Nuevo chirrido de la puerta de acceso y cuatro boquis más se unen a la fiesta. Ciclán ha sacado de no se sabe dónde un pincho, que tiene toda la pinta de haber fabricado con el mango de la escobilla del váter, y mantiene a raya a don Andrés y al otro, don Iñaki. El quinqui ha conseguido salir de la refriega con algunas magulladuras en el cuello, un corte en la espalda y más susto que vergüenza. De buena gana ayudaría a los funcionarios a reducir al malparido de Ciclán, pero eso está muy mal visto en el ambiente, así que se limita a desear que el castigo al loco ése de los cojones sea ejemplar.

Gorka recuerda el mal comienzo que tuvo en el módulo con don Iñaki:

—¿Iñaki?, ¿paisanos?, ¿también del norte?

—En primer lugar, don Iñaki. Y en último lugar, de lo más del sur que puedas imaginar.

—Entonces, ¿de Bilbo? Como los de Bilbo nacen donde les sale de los huevos, por eso digo... —aventuró la gracia.

—Si hubiera nacido en Bilbao, yo mismo me habría castrado para no poder engendrar a escoria como tú.

Fin de la conversación.

A pesar de llamarse Iñaki, era el funcionario que más asco les tenía a los etarras. Sin embargo, se mostraba prudente en sus observaciones al respecto. No como don Andrés, un libro abierto cuyas páginas dejaba leer tanto a compañeros como a cacos:

—Tú, Porki —así llamaba a Gorka a cuenta de una mal entendida aliteración—, preocúpate de tener el chabolo maqueado y pasar los recuentos vestido, de pie y al lado de la ventana, que se te vea bien por la mirilla. Déjate de las hostias de siempre, que ya me tenéis muy hartos los de la banda.

Y Gorka hacía oreja y obedecía, porque daba la casualidad de que era el único preso político —«¿preso político?, ¿has dicho preso político?, un puto etarra eres, un unineuronal..., no te jode el niñato», había soltado don Andrés, del módulo cuatro—, y su poder de presión era nulo. El hecho de que lo hubieran aislado del resto de luchadores por la libertad del pueblo vasco —«¿luchadores por la libertad del pueblo vasco?, ¿he oído bien?, psicopatones des-cerebrados sois, con todas las letras», habría apuntado don Andrés— se debía, probablemente, a su juventud y a su tambaleante convencimiento de lo que defendía. Así lo habían manifestado en la Junta de Tratamiento tanto el educador como la trabajadora social que llevaban su expediente: «Es un chaval desorientado, criado en una familia desestructurada, sin estudios, que encontró algo de reconocimiento en el entorno *abertzale*». «Me cago en la pena negra —habría dicho don Andrés—, ¿qué puta manía de utilizar palabras

que les gustan a esos asesinos! Ni *abertzale* ni mierdas en vinagre, independentistas vascos y van que se matan».

Gorka era hijo de vascos y nieto de leoneses; nieto, bisnieto, tataranieto, y suma y sigue, de leoneses de San Pedro de Trones, casi en la frontera con Portugal. Corría por sus venas más sangre portuguesa y gallega que castellana y, sin embargo, por haber tenido que emigrar parte de la saga a Baracaldo en busca de las habichuelas, él había nacido vascongado. Vasco de segunda generación, y muy orgulloso, hijo de vascos de primera generación arrepentidos. Tanto que en cuanto surgieron las primeras complicaciones matrimoniales se volvieron cada uno a sus orígenes: a San Pedro de Trones él, y a Béjar ella. El crío se quedó a cargo de alguna tía, luego de un primo, para terminar, pasando más tiempo en la calle que bajo techo, frecuentando malas compañías que lo arrimaron a las *herriko tabernas*, donde creyó encontrar, por fin, su lugar en el mundo. Allí no le tenían en cuenta que hubiera repetido y hasta *tripitado* todos los cursos de la ESO (excepto primero, gracias a una normativa que impedía hacerlo), ni que chapurreara penosamente el euskera, ni que estuviera más interesado en la cerveza a precio de coste que en la atenta escucha de las soflamas de barra de algunos de los parroquianos. Alcohol a discreción y a bajo precio; tabaco en idénticas condiciones. A cambio de prender fuego a algún cajero automático de la capital de cuando en cuando o de quemar contenedores de basura fin de semana sí, fin de semana también. A cambio de fabricar cócteles molotov para incendiar autobuses en Vitoria. A cambio de pintarrapear fachadas de empresarios que se negaban a contribuir a la liberación del pueblo oprimido. A cambio de encapucharse y ayudar a apalear a algún pobre diablo que no había tomado las suficientes precauciones. A cambio de ser uno de los más destacados miembros de la *kale borroka*. Sin estudios y con el mínimo esfuerzo se había labrado en pocos meses un porvenir. Porque la

organización –alguna vez todavía se le escapaba la palabra «banda», pero, vistas las malas caras que tal equivocación le suponía, procuraba estar más atento al lenguaje– lo mantenía a cuerpo de rey. Y cuando le enseñaban las toscas publicaciones de la tasca en las que se contaban sus hazañas (sin nombres, por supuesto), experimentaba un agradable cosquilleo a la exacta altura del estómago que lo afianzaba en su convencimiento de haber elegido el camino correcto. Y deseaba que su fotografía, algún día, estuviera colgada junto a la de los demás compañeros que adornaban el frontal de la taberna.

Gorka no sabía quién era Sabina Arana, ni Jesús Aguirre, ni qué hacía exactamente un *lehendakari*, por no hablar de que desconocía el número exacto de provincias vascas –dudaba de Navarra y, en mayor medida, de Logroño–, no obstante, tenía muy claro que había que ir a muerte a por los picoletos y a por todo Cristo que se mostrara tibio en lo atinente a la independencia del País Vasco. Tampoco deseaba que el objetivo se cumpliera inmediatamente; es más, en su fuero interno anhelaba que se postergara de forma indefinida, pues temía perder su cómoda forma de vida una vez se lograra la independencia. Renunciar al tabaco, al alcohol, al dinero fácil, a los polvos descomprometidos con las compañeras más desinhibidas, a ser mirado con cierto orgullo por los más jóvenes del entorno, renunciar a todo eso no sería fácil. No conseguía entender a quienes se lamentaban del enorme sacrificio que suponía estar implicado en la lucha liberadora; le sonaba a chino que le hablaran de falta de estabilidad familiar, de ausencia de relaciones sociales normalizadas, de precario futuro laboral... por la sencilla razón de que no se añora lo que nunca se ha disfrutado.

La trabajadora social: «Gorka Ventura ha hecho de su pertenencia a la banda armada un estilo de vida carente de ideología o, para ser más exactos, con un perfil muy bajo de ideología».

El educador: «Para Gorka Ventura ETA es una empresa en la que se admite a trabajadores poco cualificados a cambio de un sueldo elevado, a más de otros incentivos intangibles, como pueden ser el reconocimiento social y la inclusión en un grupo fuerte de referencia. Unos se hacen ingenieros, otros albañiles, Gorka se hizo de la *kale borroka*».

La psicóloga: «La parte positiva en el caso que tratamos se refiere a la gran posibilidad de reinserción. Al carecer de un adoctrinamiento equilibrado y sostenido en el tiempo, las causas que motivaron su radicalización son endebles y fácilmente moldeables».

Lo que la psicóloga venía a decir era algo obvio: si a Gorka le hubieran ofrecido seguir disfrutando de todos sus beneficios a cambio de defender la supervivencia de la iguana dorada de las Antillas, mediante manifestaciones pacíficas o apariciones televisivas mostrando pintadas reivindicativas en el culo, habría firmado sin dudar un solo segundo. Eso sí, también tendrían que prometerle lo que le había garantizado la banda (perdón, organización): que un día no muy lejano una calle de su Baracaldo natal luciría su nombre. O incluso una plazoleta. Él se conformaba con un chaflán; ahora bien, si los de arriba estimaban justo concederle el nombre de una biblioteca, pues que así fuera. Biblioteca Pública Municipal Gorka Ventura, eso sería la rehostia. O Casa del Pueblo Gorka Ventura, ¡cojonudo! Con lo que no estaba de acuerdo era con la política sexual de la organización; sabía de buena tinta que en otros talegos y, sin ir más lejos, en el suyo propio, los mandamases gozaban de vis a vis con alguna puta camuflada bajo rebuscados parentescos, mientras que los de a pie, como él, se tenían que conformar con darle a la mandolina o quedarse a dos velas. Claro que para que se lo follaran algunas compañeras como las últimas veces en libertad, casi prefería una buena paja; parecía que se le entregaban por obligación, y así salía el asunto, todo

ortopédico, sin un mal beso, sin un gemido gozoso, sin una sonrisa.

«¡Joder, joder, joder!», bisbisea al ver cómo los refuerzos no pueden abrir la puerta del patio. Algunos cacos, con tal de joder o por alargar la diversión, han bloqueado el acceso al patio.

«Han atravesado palos de escoba entre los tiradores», explica don Antonio a sus dos compañeros.

Mal asunto.

Por las rejas de las ventanas podrían exigirle a algún caco de los que están en el patio que quiten los palos cagando leches, pero todos han tenido la precaución de desaparecer, bien metiéndose en el gimnasio, o en los tigres, o en la escuela. Los únicos que quedan a la vista son el agredido, Guijarro Montes, que no atiende a los boquis porque parece alelado, tal vez porque ése sea su estado natural, quizá por el susto que le acaba de dar Ciclán. Y Ciclán y los dos funcionarios, por supuesto. Como no es la primera vez que se la juegan de ese modo, don Antonio ya sabe lo que toca hacer: abrir y cerrar la puerta muy rápidamente hasta donde se pueda para que con la vibración los palos vayan arrastrándose hacia un lado y terminen cayéndose. Échale unos tres o cuatro minutos, tiempo suficiente para que Ciclán acabe pinchando a alguno de sus compañeros. Mira que ya ha hecho partes recomendando la supresión de esos tiradores en las puertas de las zonas comunes, ¿y qué ha hecho el responsable de la seguridad del Centro?, lo mismo que hace un pez en el agua: nada.

«¡Joder, joder, joder!», repite, esta vez algo más alto, Gorka, quien discretamente dobla hasta lo imposible su cartón y se retira hacia el fondo del comedor, lo más lejos de los funcionarios.

A don Antonio lo releva un compañero en la tarea de hacer vibrar la puerta, e intenta otra solución diciendo por el *walkie* que le tiren desde la cabina a los compis lo que ellos ya saben. Hay que tener mucho cuidado con lo que se dice por el *walkie*,



porque lo oye toda la prisión. Enseguida se abre la ventanilla de la pecera que da al patio, alguien grita: «¡Ahí va, Iñaki!», y le lanza un objeto que, al caer al suelo, produce un sonido de metal hueco. No es Iñaki el que corre a cogerlo, sino Andrés, que está algo más cerca. Ciclán sigue girando sobre sí mismo con el pincho en el brazo extendido; en uno de esos viajes casi engancha a Iñaki.

—¡Me cago en tu puta madre, Ciclán! Deja de hacer el maricón y tira el pincho —le ha dicho ya ni se sabe la de veces don Andrés.

Pero él, erre que erre, escuchando las voces que ahora le ordenan que no deje de dar vueltas y de pinchar a quien se le ponga por delante.

—Pues nada, gilipollas, tú te lo has buscado.

Y don Andrés, a una distancia prudencial, aprieta el botón del bote de insecticida dirigiendo el chorro hacia la cara de Ciclán. Éste, al cabo de unos segundos, comienza a toser, le pican los ojos, le duelen, le queman, le falta la respiración, se dobla, deja de moverse y cae al suelo boqueando como un besugo sobre la cubierta de un pesquero. De una patada apartan el pincho, y de otra patada le revientan la nariz, por si acaso.

Hay que hacer desaparecer el bote de insecticida antes de que llegue el jefe de servicios, que hoy está de guardia don Ginés, que es un tocapelotas, y les puede buscar las cosquillas por utilizar medios coercitivos no autorizados. Don Ginés prefiere un funcionario herido antes que un quebrantamiento de la legalidad, por eso muchos compañeros le hablan lo justo y se acuerdan de su madre con mayor frecuencia de lo que a la pobre le gustaría.

Con Ciclán rendido, Iñaki se acerca a la puerta a quitar los palos de las escobas. Habían metido siete u ocho los muy desgraciados. ¡Qué maña se dan para ese tipo de artesanías en tiempo récord! Tarda lo suyo porque algunos estaban cruzados, desde fuera no habrían podido abrir nunca. Se vuelve a abrir la puerta del rastrillo de acceso al módulo y ahora son diez los funcionarios

que entran (nueve hombres y una mujer, Mercedes, para no faltar a la verdad). A buenas horas. Por lo menos no va con ellos el jefe de servicios. Más tiempo del que disponen para poder recomponer la situación y, lo que es más importante, ponerse de acuerdo con la hora de redactar el parte sin pillarse los dedos. A dos compañeros casi les pinchan y desde arriba seguro que preguntan que por qué no había ningún funcionario en el patio, o por qué no se vigilaba más estrechamente a Ciclán, dada su condición de interno con problemas psiquiátricos, o por qué había tantos palos de escoba en el patio..., lo que sea con tal de endilgarle la responsabilidad al funcionario. En fin..., por las cámaras no hay que preocuparse, aunque se haya grabado el incidente, la calidad de las imágenes suele ser tan deficiente que, a lo sumo, se verán bultos moviéndose en un paisaje de niebla emborronada.

Engrilletan a Ciclán y, sin muchos miramientos, entre tres lo arrastran a enfermería, y, desde allí, cogerá camino al módulo de aislamiento. Al pasar por el comedor, Iñaki se da cuenta de que Ciclán suelta algo que llevaba en la mano.

—¡Hostia!, ¿se le ha caído un dedo!

Comprueban que no le falta ninguno. Iñaki y Andrés hacen lo propio, y ven que Guijarro Montes, el agredido, se está mirando las manos con alivio.

Entonces, ¿de quién es ese dedo?

Gorka, que ha tirado el cartón a la papelera, comienza a explicarse por qué desde primera hora de la mañana todo el que entraba en los talleres salía rápidamente.

Don Andrés, que sabe estar al plato y a las tajadas, le grita desde lejos: «¿Qué, Porki?, ¿te lo estás pasando bien?».

Y Mercedes, prudente como pocas, lo atraviesa con la mirada. Ya fuera, en la calle intermodular, lo reprenderá: «¿Cómo te gusta echar leña al fuego, Andrés! La próxima vez lo haces cuando estés tú solo, a los demás no nos comprometas».

### 3

Tiene los billetes comprados, las maletas a falta de meter el cepillo de dientes y la férula, y a la mujer más ilusionada que nunca. Y le dice no sabe qué subdirector de no le importa qué departamento de la Dirección General que le parece muy bien, pero que lo quiere al día siguiente, a primera hora, en la prisión de Aranjuez, en Madrid VI, para parecer más oficial. Una hora antes ya se lo había comunicado su superior inmediato, el coordinador central del grupo de Control y Especial Seguimiento de Internos, Alfonso, al que había mandado a tomar por culo, por supuesto. No es que con él tuviera confianza, pero sí mucho más roce. El roce hace el cariño, dicen; no así en este caso. Alfonso le tolera sus salidas de tono por los muchos marrones que le ha quitado de encima. Es su mejor hombre, aunque nunca se lo haya dicho, por eso consiente el tira y afloja sobre el que se basa su relación. Al subdirector ése no podía mandarlo a tomar por culo; lo había tanteado y el resultado de la cata no había sido de su agrado:

–Tengo las vacaciones aprobadas desde hace más de un mes, me voy pasado mañana..., nos hemos gastado un dineral en ellas y, lo más importante, no podemos decirle que no a mi hija a estas alturas.

José Manuel, alias Guadaña para cacos y compañeros, no se explaya en más detalles, lo que sí hubiera hecho su mujer: «Llevamos ahorrando ni se sabe la tira de tiempo para viajar a Dublín,

al inicio de curso de nuestra hija, Magda, que termina este año el equivalente a Administración de Empresas, y conocer la ciudad y los alrededores durante quince días, que lleva la pobre cuatro años allí y, entre pitos y flautas, por más que se lo prometíamos, nunca sacábamos tiempo para visitarla, que ya tiene delito, ¡hombre!, se va a volver la cría a España y ya no vamos a tener excusa para conocer Irlanda, que dicen que es preciosa».

—Es por necesidades del servicio —replicó, con sequedad, el subdirector de lo que fuera.

José estuvo a punto de protestar que «unos cojones», porque él no era el único funcionario del CESI, podían enviar a otro cualquiera, pero no, Alfonso le habría ido con el cuento de que él era el mejor, para ponerse la medalla, y luego se habría chivado de su negativa.

—Seguramente en la Subdelegación del Gobierno no comparan su opinión. Si es necesario pediré que sean ellos quienes me vuelvan a autorizar el disfrute de mis vacaciones.

Silencio al otro lado de la línea telefónica. Carraspeo. Una respiración fuerte:

—De acuerdo. Ambos sabemos que se las concederán sin problemas. Ambos sabemos también que su puesto es de libre designación. Piénseselo bien, no nos gustaría dejar de contar con usted en el grupo.

¡Su puta estampa! Eso significaba volver de nuevo a la rutina de los módulos, a su plaza de encargado en el peor módulo que pudieran encontrarle en el talego de Navalcarnero. Adiós a la comisión de servicios si no renunciaba a sus vacaciones. Tanto sacarles las castañas del fuego para que ahora lo presionaran de ese modo. Lo peor es que su trabajo le gusta, le encanta construir una investigación en el entorno cerrado de la trena, porque a eso se reduce su misión, a viajar de una cárcel a otra intentando resolver extorsiones a gran escala, asesinatos, desmontando aten-

tados, conspiraciones... Se podría decir que es un policía penitenciario. La sensación de libertad que le produce no aparecer jamás por su despacho, picotear en cualquier rincón de la Península, establecer su propio horario de trabajo, eso no tiene precio. Y todo puede irse al garete por ese estirado mierdero de la Dirección General.

Será difícil convencer a Magda; sin embargo, si resuelve pronto lo de Aranjuez, sea lo que sea, podrán disfrutar del viaje postergado y él continuar con su puesto. Por eso decide intentar no comentarle nada. Si, al final, se lo sonsaca y el cabreo promete ser antológico, la contentará asegurándole que irá a verla a sus clases de bailes de salón. Por supuesto que, por mucho que se enfade, no capitulará ante su continuo requerimiento de que se apunte como su pareja.

Mañana se planta en la villa de las fresas y, si despacha el asunto en un día, pues rumbo a Dublín; de lo contrario, también rumbo a Dublín, pero despidiéndose del CESI.

## 4

—¿Estás seguro?

Él cabecea afirmativamente, con lentitud, haciendo un gran esfuerzo para mantenerle la mirada.

—No he visto nada en la prensa, ni siquiera en Internet.

—A estas cosas no se les da publicidad. Te he dicho muchas veces que las cárceles son un submundo del que cuanto menos se sepa, mejor.

Ella continúa vistiéndose. A pesar de sus cincuenta años cumplidos, conserva una figura envidiable.

—¿Sufrió mucho?

—Menos de lo que debiera...

El gesto de ella, interrogante, le obliga a continuar:

—Pero sí, sufrió. Ese tipo de agonía, lenta y dolorosa, no se la deseo a nadie.

La mujer pierde la mirada en el vacío.

Gonzalo enciende un cigarrillo y se cubre el sexo con la sábana. No sabe por qué, pero siente pudor. A estas alturas. Contempla cómo su amante se abrocha la camisa negra —siempre tonos oscuros desde que ocurrió lo de Mariela— y se reafirma en el convencimiento de que ya no la desea, de que hace tiempo que aquellos encuentros se han convertido en mera gimnasia sexual o en simples desahogos rutinarios. Acaban de hacer el amor.

—¿Te encuentras bien, Eva?

Deja escapar una lágrima que se tinta de rosa al surcarle la mejilla.

—Pensaba que saber que ese monstruo estaba por fin muerto me iba a aliviar más, la verdad, pero, no sé, sigo sintiendo que...

Se arrodilla sobre la cama y le pide una calada a Gonzalo. Llevaba años sin fumar.

Lo mira directamente a los ojos y las lágrimas arrecian:

—Creo que es mejor que no volvamos a vernos más.

Él asiente, sin querer mostrar su alivio. Veinte años de relación secreta —adúltera por parte de ella—, veinte años conformándose con ser segundo plato en espera de que Eva se decidiera a dejar al marido, veinte años, Dios mío, que se dice pronto. Para terminar, despidiéndose, como casi dos desconocidos bien educados en un motel cualquiera de las afueras de Coslada, ni siquiera en su casa.

Eva se marcha. Ojalá para siempre. Y es él entonces quien se pone a llorar.